

LA FORMACIÓN SOLIDARIA: UN IMPERATIVO SOCIAL

Juan Leonel Giraldo Salazar*

Facultad de Educación, Universidad de Antioquia

Resumen

La vida en comunidad se fundamenta y se construye en la solidaridad porque, gracias a la incorporación de este valor, se reconoce y se valora la existencia del otro como nuestro semejante, como alguien que, a la vez, ofrece significado a nuestra existencia, en tanto nos permite reconocernos como otro para los otros. Desde este reconocimiento es posible construir una ética social, cuya significación primordial radica en la superación de la omnipotencia infantil para inscribirnos en la vida comunitaria, renunciando a la primacía del capricho personal para avanzar en las realizaciones participativas que dignifican la existencia humana, dentro de un campo de relaciones que, conservando la independencia, satisface también la necesaria interdependencia.

Palabras claves: solidaridad, comunidad, ética social, aprendizajes básicos.

Summary

Solidarity education: A social imperative. Juan Leonel Giraldo Salazar. Community life is based and built on solidarity because, thanks to the incorporation of this value, the existence of the other is recognized and appreciated as our fellow man, as someone who, in turn, gives meaning to our existence, because it allows us to recognize ourselves as another for others. Parting from this recognition, it is possible to build a social ethic, whose primary significance lies in overcoming childhood omnipotence in order to enroll in community life, giving up the primacy of personal whim to advance in participatory achievements that dignify human existence within a field of relationships that keeping their independence, it also satisfies the necessary interdependence.

Key words: *solidarity, community, social ethics, basic learning.*

* Profesor titular Facultad de Educación, Universidad de Antioquia. Correo electrónico:

Solidaridad: Valor que posibilita y enaltece la vida en sociedad

Pensar en una “buena vida”, por oposición diferenciada con el sentido fácil y poco exigente de la “vida buena” cuya significación sugiere una relación muelle con el mundo y poco compromiso con la sociedad, exige que el valor de la **solidaridad** sea puesto en el sitio que le corresponde, como garantía de reconocimiento y cohesión, expresados en el agrado y disposición para vivir y trabajar en comunidad. La solidaridad ha de ser, en la práctica, la conductora de las acciones tanto individuales como colectivas para construir un “buen vivir” con los semejantes, es decir, para acceder al sentido gratificante de vivir en comunidad.

Se trata de uno de los valores que hay que hacer valer para asegurar la supervivencia y el bienestar, en tanto su realización implica una amplia conciencia de la otredad y conduce, a la vez, a una posición respetuosa y de cumplimiento con los demás valores. El concepto de fraternidad adquiere su honrosa significación a través de la solidaridad, gracias a todo lo que incluye en la vivencia y en la convivencia, porque expresa la mejor expectativa de lo humano en el orden de la civilización en tanto, en ella, se conjugan las esperanzas, sueños, anhelos e ideales de vivir en compañía y con bienestar. Es decir, el carácter societario de los seres humanos no es posible sin solidaridad porque ésta constituye y representa el lazo social que establece vínculos y construye unidad, brindando confianza para remontar los riesgos y desafíos a los que estamos sometidos por el hecho de vivir, tales como las inclemencias de la naturaleza, las amenazas a la salud y, las mismas alocadas fuerzas perversas de los humanos, cuando no acceden al reconocimiento y a “darse cuenta” de que cada quien es otro para el otro.

Sin solidaridad no es posible la vida humana porque ésta, como fruto de la civilización, es la que activa a la familia para orientar, en los hijos, la restricción de los impulsos completamente egoístas que caracterizan los primeros años de la vida infantil. Los padres acompañan y animan al recién llegado a la vida social y éste va accediendo, gradualmente a una regulación silenciosa y siempre invisible que estimula y le exige, en lo personal, domeñar la exigencia de satisfacción inmediata, gracias a esa vía de la socialización - educación, tramitada mediante el vínculo psico-afectivo que se inaugura en el escenario familiar y que continúa en los espacios socio-culturales significativos, como son las instituciones educativas.

La salida del narcisismo original donde el niño se siente dueño y merecedor del mundo y de los otros, se constituye en un paso crucial y definitivo para la incorporación progresiva a la vida en sociedad. En este sentido no sobra plantear que “crecer” como ser humano significa aceptar que el mundo existe por fuera de nosotros, que no somos omnipotentes y que el mundo, en general, no depende de la propia voluntad. El maestro Philippe Meirieu se refiere a la importancia de este proceso de superación del narcisismo afirmando:

“Por eso es que la educación y la democracia se inscriben en el mismo movimiento: es la renuncia al narcisismo. Educar a un chico es ayudarlo a renunciar a su narcisismo y educarnos como pueblo democrático, es educarnos para renunciar, cada uno de nosotros a nuestros intereses individuales, para reflexionar acerca de lo que podría ser el bien común y el interés colectivo”¹.

Reconociendo a cada semejante, se va imponiendo, poco a poco, la evidencia de que no se es el centro, que hay que hacer una renuncia fundamental, la de la satisfacción inmediata de todos los deseos y que, a la vez, estas pequeñas pero exigentes frustraciones le van permitiendo experimentar

¹ “El significado de educar en un mundo sin referencias”, conferencia del 27 de junio de 2006, en: *El significado de educar en un mundo sin referencias*, Buenos Aires, Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología, p. 5 (desgrabación)

otras satisfacciones diferentes y de mayor “utilidad”, una ganancia social, un placer compartido, gracias a que los demás se sienten a gusto con sus actitudes en tanto ha habido una comunicación importante: le ha transmitido al interlocutor que ha depuesto sus intereses en aras del bien de la colectividad.

La inclusión en el escenario social, con perfil de humanidad, reclama una intervención responsable de los padres y más tarde de los maestros, para que la superación, y no siempre la eliminación definitiva de la irracionalidad, sea lo que guíe las acciones y la que ennoblezca la condición de la existencia personal. Es un llamado a que impere la razón, porque el egocentrismo de las primeras fases infantiles puede pervivir incivilizadamente y convertir lo humano en una vulgar inclinación de vivir sin ninguna concepción valorativa sobre la existencia, es decir, sin que el encuentro interhumano fecunde con reflexión y con esperanza, para una creativa convivencia comunitaria.

El objetivo es subrayar que no basta con que el niño entre al mundo como ser humano sino que tiene que llegar a serlo, es decir, que es necesario que advenga para la humanidad y para ello es condición que los padres, los maestros y los adultos intervengamos sobre su proceso, en un legado generacional que garantiza el traspaso de lo que se considera fundamental para la vida, como acontecimiento básico para que la voz de las generaciones no se silencie. Al respecto el maestro Meirieu, nos dice:

“Este es un aprendizaje difícil, muy difícil para los chicos: el aprendizaje de la alteridad. El aprendizaje del rostro del otro, aparece progresivamente como una interpelación a la vez imperativa y misteriosa porque jamás sé quien es y la conciencia del otro se me escapa radicalmente. Y el chico tiene que aprender, progresivamente, a entrar en relación con el otro, a colaborar, a reconocerlo como su semejante pero también como un ser distinto ...en la presencia del otro hay como un llamado a la identidad, porque su existencia misma me obliga a salir de mi propia identidad”²

El acceso a desear una vida compartida, significa comprender y aceptar que el destino de los humanos está exigido por la renuncia y por la necesaria construcción de sí mismos, porque el niño ha de aprender a vivir con los otros y a reconocer que tiene unos límites, los cuales le exigen regular sus infantiles sensaciones de omnipotencia que se caracterizan por tendencias, completamente individualistas, que socavan y amenazan con destruir las realizaciones y conquistas de la sociedad.

Renunciar a los impulsos caprichosos y a las tendencias egoístas significa aspirar al “bien vivir” enseñado por la civilización como un actuar dentro de lo razonable para que prevalezca lo que, humanamente, favorece la convivencia.

Este ascenso hacia la comunidad implica para el sujeto haber enfrentado realidades que le han servido para reconocer sus limitaciones y sus posibilidades; realidades que le han conducido al reconocimiento de la necesidad de hacer vida compartida, a la conciencia de que nos requerimos los unos a los otros y de que el otro siente y tiene idénticas falencias así como también disposición para disfrutar de los logros de la colectividad. Esta afinidad detona la urgencia de una comunicación y de una repuesta que hace eco a la soledad y a la impotencia para resolver los desafíos que, para nosotros, tiene el mundo, representado en la naturaleza y en los otros.

Lo importante es que en la ruta de esa experiencia que permite el avance del narcisismo a la conciencia comunitaria, otros aprendizajes se potencian para la marcha hacia un desarrollo humano integral. Estamos hablando del aprender a: aprender, hacer, servir, convivir y a trascender para que

² Ibíd., p. 6

en su conjunto, se configure un ser, cuya relación consigo mismo y con los otros esté en condiciones de revelar una responsabilidad asumida con el mundo. Estos aprendizajes se constituyen en la materia que fortifica la conciencia de estar en sociedad, que una vez nos conmovió y que se quedó con nosotros para manifestar ante situaciones de soledad, desamparo y vulnerabilidad de nuestros semejantes, el sentimiento de identificación y de aproximación humana.

La fuente formadora del valor de la solidaridad, reposa en la dimensión de la educabilidad como tarea crucial de la especie humana y está asignada, prioritariamente a la familia, a la escuela y a los ciudadanos. Por lo tanto es un proceso que tiene mucho camino por hacer porque a cada encuentro y a cada momento reclama de su manifestación con expresiones visiblemente diferenciables, entre lo que favorece el vínculo y lo que lastima la existencia.

Aprendizajes cruciales en la familia y en la escuela

Las vivencias y aprendizajes emocionales de la familia, donde el niño se reconoce, son determinantes para desear la participación y la unión en la lucha frente a los avatares a los que hemos de someternos los humanos en las relaciones que fundamos y en nuestro contacto con la naturaleza.

Aliada de la familia, la institución educativa aparece como el escenario donde la persona y la sociedad salen igualmente favorecidas, porque allí el sentimiento del bien común ha de ser lo predominante como inclinación a la búsqueda de una vida grata, introduciendo gradualmente al discípulo en el universo social, obviamente, sin sacrificar su particularidad, en una necesaria cohesión que activa el valor de la pertenencia y que le brinda satisfacción, como protagonista de una convivencia, en armonía y en construcción común. La educación como una de las máximas creaciones históricas de carácter social, ha de promover la realización de obras en conjunto, impulsar el hacer con los otros favoreciendo las iniciativas donde se suman energías y donde se sale del capricho personal. Sobre todo porque la vida y la identidad personal se construyen en función de la calidad de las relaciones que se establezcan con los otros. Puntualmente el filósofo contemporáneo Joan- Carles Mélich, señala:

“...El hombre se encuentra en un escenario, con unos roles, mitos, rituales y rodeado, bien o mal acogido por otros, por la familia, los compañeros de escuela, los vecinos...por eso mismo el otro, la presencia y la ausencia del otro, resulta fundamental en toda antropología. Si la relación que se establece con el otro es una relación de responsabilidad, diremos que existe relación ética con el otro”³.

El encuentro con los otros con sentido solidario ofrece, por un lado, un “buen vivir” a la comunidad porque promueve la interrelación y la interacción y, por otro, reporta satisfacción personal en tanto vitaliza el sentimiento de pertenecer y de ser significativo entre los semejantes.

Sentirse miembro integrante y participante de la sociedad, constituye una experiencia de suprema importancia para la consolidación de confianza y tranquilidad de vida en medio de los otros, porque cada quien sentirá que es reconocido, valorado y defendido, no solo para ser tratado diferentemente sino y, sobre todo, deferentemente en tanto ese otro es sentido como igual y aun como primero que nosotros. Este habría de ser el postulado fundamental de la ética social, tal como lo sugiere el profesor Mélich:

³ Joan-Carles Mélich. “El ser humano como un ser de relaciones” en: *Filosofía de la finitud*, Barcelona, Herder, S.A. 2002, p.49

“una relación es ética no sólo si se configura desde la diferencia, sino desde la deferencia. Ser deferente es tomarse la causa del otro como causa primera, como mi causa”⁴

Tomarse la causa del otro en primer renglón, hace armonioso eco con la expresión del filósofo contemporáneo Emmanuel Levinás cuando señala que la incursión en el mundo tiene exigencias radicales frente al egocentrismo porque hay que reconocer la presencia del otro y, sobre todo, su significado y valoración por encima de nosotros, estableciendo el “usted primero”⁵ y subraya el filósofo que es difícil salir de la omnipotencia infantil y aceptar que el mundo no depende del capricho personal porque el mundo no está a nuestros pies.

“Usted primero” se constituye en una valiosa realización del imperativo de apertura a la alteridad que exige poner entre paréntesis los caprichos de lo inmediato, sustrayéndose de sí mismo para ser capaz de ver, de oír y de sentir lo que pasa alrededor; salir del mutismo de sí, para entrar en relación con los demás.

Es indudable que la orientación de la educación hacia la solidaridad, exige que se reconozca y se valore la convivencia como la meta social deseada, como aquello que expresa nuestro profundo carácter humano, el cual nos sitúa en una ética social que significa interés en la “humanidad” de los humanos, en la *humanidad que humaniza*, tal como lo sugiere el filósofo español Fernando Savater, cuando afirma:

*“La principal asignatura que se enseñan unos a otros es en qué consiste ser hombre, y esa materia, por muchas que sean sus restantes deficiencias, las conocen mejor los humanos mismos”*⁶

Esta enseñanza está referida a lo que, en esencia, caracteriza al ser humano como sujeto de representaciones, como sujeto del lenguaje y como sujeto del pensamiento, en tanto aprende a reconocer, valorar e intercambiar sentidos y significados. Una enseñanza que, sin ser muy planeada, va configurando la *humanidad que nos humaniza* y que establece distancias con todos los que no reconocen en el otro un ser que les devuelve lo que significa su presencia en tanto les actualiza el hecho de existir, gracias a su semejanza. Entre aquellos que niegan al otro están los torturadores, los tiranos y las mentalidades que, perversamente, sólo perciben en el semejante una víctima para sus criminales tendencias.

La cita también hay que interpretarla bajo la significación de un sentido de humanidad que no puede confundirse con sensiblería y debilidad, como lo sugiere Savater cuando nos plantea que humanidad no puede equipararse con “engrudo amoroso”⁷ lo cual casi siempre conduce a relaciones blandas, alcahuetes, poco productivas y poco transformadoras. En esta dirección el maestro Meirieu, en repuesta a uno de los interrogantes que le plantean en una entrevista titulada “Es responsabilidad del educador provocar el deseo de aprender”, afirma que el profesor debe ser muy exigente pero por solidaridad y señala que, el maestro debe ser la persona que entrena a los alumnos para que cada cual dé lo mejor de sí mismo y pueda estar orgulloso de lo que da porque muy a menudo quienes presentan dificultades son aquellos que no han tenido la oportunidad de sentirse orgullosos. También afirma que no se puede ser verdaderamente exigente si no se tiene interés de ayudar al mismo tiempo. Afirmación ésta que, por supuesto, se aplica también a los padres de familia.

Una educación que sabe de las responsabilidades y compromisos que esperan al niño frente a la sociedad, busca desarrollar primero el contacto con sus propios sentimientos para pulir las aristas de

⁴ Mélich, “La deferencia hacia el otro” en: *Filosofía de la finitud*, Barcelona, Herder, S:A: 2002, p. 114

⁵ Citado por Philippe Meirieu, en: *El mundo no es un juguete*, Barcelona, Graó, IRIF,SK, 2007, p.24

⁶ Fernando Savater, “La disciplina de la libertad” en: *El valor de educar*, Barcelona, Ariel 1997, p.134

⁷ *Ibíd.*, p. 136

los impulsos egoístas, orientando su sentir hacia compromisos consigo mismo, con los otros y con la vida, como suelo fértil de la solidaridad.

Así como no se forma para la convivencia sino en la convivencia, es decir, como no se requieren muchas lecciones para esta formación pero sí experiencias de vida, tampoco se forma para la solidaridad sino en la solidaridad, lo que de paso quiere llamar la atención, para que se repense tanta discursividad en las aulas sobre valores y tan escasa o nula práctica. Enfatizando en la educación, hemos de plantear que efectivamente, para que los profesores formemos sobre cooperación, mutualidad, comunidad de intereses, en fin, como se quiera denominar y promover la solidaridad, tenemos que desearla, tenemos que incorporarla e impulsar una práctica que supere la teoría y que la convierta en experiencia de vida.

La evidencia, o mejor dicho, el ejemplo, se constituye en la mejor lección, en la mejor estrategia de enseñar y, este testimonio ha de promoverse en las instituciones desde la comunidad educativa de los maestros, desde la calidad de sus relaciones, desde la forma particular de tramitar sus conflictos y de celebrar los resultados porque, en lo fundamental, la mejor forma de enseñar valores es viviéndolos, toda vez que, desde la percepción, los alumnos comprenden que en tales prácticas de vida hay una conquista, un logro de sus maestros, un avance que tiene que ver con la meta definitiva: el desarrollo humano.

Lo anterior ratifica y subraya que los aprendizajes básicos sobre la vida y para la vida, se aprenden en la vida y no, necesariamente, con discursividades, sobre todo si éstas no se encarnan en sus enseñantes, es decir, si no son sentidas y si no son una real aspiración para la construcción de comunidad.

Un maestro que viva en solidaridad o que la sienta como un permanente objetivo, “capitaliza” el encuentro grupal para poner en dinámica y creatividad el carácter vinculante de los humanos, ofreciendo oportunidades para la expresión subjetiva, mediante la exposición de aspectos individuales que servirán de acicate para el sentido y el sentimiento de pertenencia al grupo, liberando al estudiante del anonimato, contribuyendo así a un refuerzo de su identidad y a la promoción del trabajo y la productividad del grupo. Esto porque la solidaridad, como disposición humana, se activa repentinamente, sin pensamiento ni deliberación, cuando encuentra el escenario propicio ambientado por un líder, por un maestro que sabe suscitar inquietud y despertar la disposición humana para relacionarse y para construir vida con el otro.

